

DON QUIJOTE MILITAR EN CERVANTES Y MÁS ALLÁ DE CERVANTES. EL IDEAL CONCILIADOR DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

Santiago Alfonso LÓPEZ NAVIA
Universidad Internacional SEK

NO vamos a hablar ahora de una vocación militar tan ejemplarmente clara como la que definió a Miguel de Cervantes. Sus hechos ya fueron elocuentes en grado suficiente como para reforzarlos con los recursos que el alarde de la elocuencia permite cuando se habla de un personaje de esta dimensión, y desde luego son ya tan sobradamente conocidos y reconocidos como para permitirnos la licencia de obviarlos. No queremos pasar por alto, sin embargo, la percepción que el propio Cervantes tenía de su intervención en la batalla de Lepanto, legítimamente esgrimida como argumento ennoblecedor ante los insultos desatinados que le dirige Avellaneda cuando se ríe de su manquedad, nacida:

...en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitarán un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de su honra, y al de desear la justa alabanza¹.

¹ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, II, prólogo. Edición de Martín de Riquer, Barcelona, 1980. Citamos la parte en números romanos y el capítulo con números árabes.

Este es un fragmento indubitable de las posibles memorias nunca escritas del hombre de acción que fue Cervantes. Como consoladora contrapartida nos queda la historia del hombre de acción que desde luego era, en su condición de personaje, Don Quijote de la Mancha, cuyo espíritu militar se ajustaba con claridad al propio de quienes profesaban la orden de caballería. Otra cosa muy distinta es que, desde el punto de vista general, el espíritu militar de los caballeros andantes no fuera un ejemplo acabado del espíritu militar más ortodoxo, y desde el punto de vista particular, no hay que olvidar que Don Quijote no es ni *de iure* ni *de facto* el caballero andante que cree ser, y esta constatación va más allá de las informaciones emanadas de su entorno alejado del mundo ideal de la andante caballería, toda vez que su falsa condición de caballero andante es el resultado de una parodia consciente.

Como quiera que sea, Don Quijote de la Mancha hace de su pretendida identidad caballeresca,alzada sobre el hábil pilar de la literatura, un ejercicio de incansable milicia. Muy lejos de la regalada y ociosa vida de la *récreantisse* a la que a veces se entregaban algunos caballeros débiles de carácter, Don Quijote quiere ser siempre coherente con la actitud de un caballero aventurero. Por esa razón suscribe en el capítulo I, 2 el programa propuesto en los dos primeros versos de uno de los romances publicado a mediados del siglo XVI en el *Cancionero de Amberes* («Mis arreos son las armas,/mi descanso el pelear»), y por esa misma razón reivindica la excelencia de la edad de oro de la caballería andante en detrimento de la molición de quienes practican el ejercicio de las armas en el tiempo en el que vive, que no es desde luego el tiempo al que responden sus actos ni su espíritu:

No es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies a la cabeza; y ya no hay quien, sin sacar los pies de los estribos, arriado a su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes. Ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más de las veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intré-

pido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata, se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces. Mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros².

Tanto es así, que Don Quijote mezcla las prioridades del tiempo en el que vive con las fantásticas posibilidades del tiempo en el que desearía vivir, que no sólo es el tiempo que intenta restaurar con sus hazañas, sino también el tiempo en el que está mentalmente instalado, y en virtud de esa mezcla aduce una solución ideal, tomada del mundo de la literatura, para un problema real como es la constante amenaza que significaba para España la presencia turca en el Mediterráneo:

¿Hay más sino mandar Su Majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos que bastase a destruir toda la potestad del Turco? Esténme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, o fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme: ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? ¡Había, en hora mala para mí, que no quiero decir de otro, de vivir hoy el famoso don Belianís, o alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula; que si alguno déstos hoy viviera y con el Turco se afrontara, a fee que no le arrendara la ganancia! Pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, a lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende, y no digo más³.

Parece bastante claro que Don Quijote no concibe mediante estas palabras un ejército en su dimensión colectiva, solidaria y anónima. Un ejército formado por caballeros andantes supondría, sobre todo, una suma de

² II, 1.

³ *Ibídem.*

individuos singulares, cada uno de los cuales aporta, por separado, una fuerza extraordinaria. El poder de aniquilación que Don Quijote presume a un ejército de esta naturaleza no resulta del esfuerzo conjunto y ordenado de los hombres que lo conforman, sino de la arrolladora ferocidad de cada una de sus individualidades; no es tanto una causa común como la convergencia eficaz de muchas lanzas y espadas ilustres. Aunque en muchos pasajes de la literatura caballerescas se habla de ejércitos, casi siempre son referidos como una suma de poderosos caballeros con autonomía e importancia específica. El lector informado, acostumbrado a las glorias de los paladines, no imagina movimientos compactos de masas en armas, sino que vislumbra los hechos extraordinarios de héroes con nombres propios.

El mismo Don Quijote, al describir los ejércitos que él cree ver en los dos rebaños de carneros que se cruzan en el capítulo I, 18, se detiene en la enumeración, desde luego imaginada, de los caballeros principales que militan en cada uno de los dos bandos, y sólo al final de su descripción se refiere, también literariamente, a pueblos y a razas entendidas siempre dentro de su singularidad. No se describen fuerzas, sino individuos; no se describen unidades de combate, sino campeones, y las menciones a grupos de personas no se adscriben a una jerarquía funcional comprensible a la luz de una estrategia militar, sino a una estirpe o a una raza definidas por detalles tan ennoblecedores como operativamente irrelevantes para organizar un ataque o una defensa.

Las acciones de corte militar que protagoniza Don Quijote mismo son un ejercicio de individualismo; no en vano se enfrenta a sus pretendidos enemigos en *singular* combate o en desigual batalla, brindando en cada una de sus acciones una muestra clarísima de toma rápida de decisiones, determinadas en cualquier caso por los condicionamientos de la conducta caballerescas. Los hechos de armas de los caballeros andantes suponen la negación del concepto militar de *táctica*, a la que se opone diametralmente el concepto de *aventura*, que es el que rige sus acciones. Según Carlos Alvar, *el caballero considera la aventura como un 'acontecimiento fortuito', conformado por el azar y el peligro y su puesta en acción*⁴. Desde el punto de vista conceptual, las diferencias se nos antojan muchas y muy claras: por una parte, mientras que la táctica es organizada, la aventura es aleatoria, impredecible e incontrolable; en segundo lugar, mientras que uno de los principios elementales de la táctica es anticiparse a los movimientos del contrario, los caballeros andantes muchas veces esperan a que sobrevenga

⁴ ALVAR, Carlos: *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*. Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 31, s.v. «aventura».

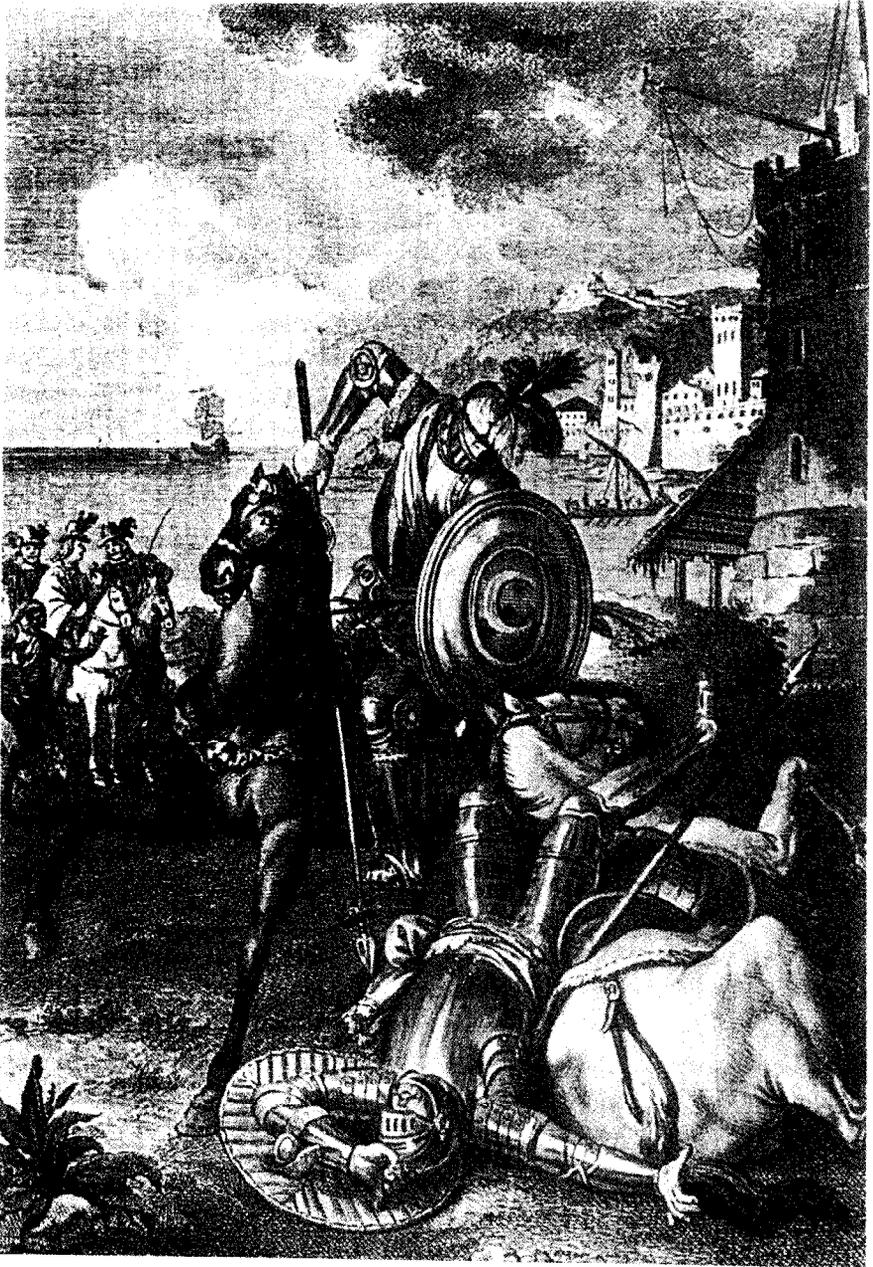
una aventura, siempre anterior por lo tanto a la acción de armas del caballero; en tercer término, mientras que la más acabada aplicación de la táctica es el resultado de la perfección adquirida por el militar gracias a su experiencia y su formación técnica, en el universo de la caballería andante es la superación de la aventura la que conduce, con un valor iniciático, a la perfección del caballero. Por otra parte, la aplicación del código caballeresco más ortodoxo implica una flagrante contravención del principio táctico de la sorpresa, porque el caballero avisa franca y detalladamente de sus intenciones y sus objetivos, y propicia que el enemigo se enfrente a la alternativa de retractarse y rendirse o de prevenirse y responder al desafío. Nada más lejos de los procedimientos estilados en los conflictos de baja intensidad que la aplicación de los principios derivados de la ética caballeresca más ortodoxa: un comando de guerrilleros formado –es un decir– por caballeros andantes sería, desde luego, un divertido fracaso.

Muy lejos de las acepciones originales del sentido propio del término, el tipo de combates disparatados que protagoniza Don Quijote no parecen adscribirse ni siquiera a la denominada *táctica elemental* preconizada en las teorías del General Banús. Añádase a ello que Don Quijote es un representante *sui generis* del arma de caballería, y que, como estudia Miguel Alonso Baquer⁵ en las concepciones estratégicas del Siglo de Oro primaba el valor de la infantería sobre la caballería.

Si se nos concediese la licencia retórica de analizar retrospectivamente la conducta de Don Quijote a la luz de los postulados teóricos de Henry Antoine de Jomini, podríamos admitir que nuestro héroe parece tener claro, en un sentido amplio, el cuarto punto de los que comprende la estrategia, es decir, *la determinación del punto objetivo propuesto, sea ofensivo o defensivo*⁶. En efecto, Don Quijote explicita decididamente su objetivo, cuya naturaleza parece ser más claramente defensiva que ofensiva, y en su atinado discurso sobre la Edad de Oro ante los cabreros –recuérdese el capítulo I, II– significa que la razón de ser de la caballería andante es *defender a las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos*. Claro que este no es un objetivo de corte militar, sino de corte trascendente; no es un objetivo práctico de estrategia, sino un objetivo superior

⁵ ALONSO BAQUER, Miguel: «Las ideas estratégicas», en *La infantería en torno al Siglo de Oro*. Madrid, Ediciones Ejército, 1993, pp. 129-156. Deseo mostrar mi más cordial agradecimiento a mi compañera de claustro, la profesora doctora doña Dolores Herrero Fernández-Quesada, por sus acertadas sugerencias bibliográficas en materia militar.

⁶ ANTOINE DE JOMINI, Henry: *Compendio del Arte de la Guerra*, 1838. Ministerio de Defensa. Madrid, 1991, p. 101.



«Que trata de la aventura que más pesadumbre ...»

de condición ideológica, y en cualquier caso Don Quijote no tiene más enemigos que los que crea su feraz imaginación literaturizada. No hay que olvidar, por otra parte, algo tan importante como que los hechos de armas de Don Quijote suponen un indiscutible ejemplo de quebrantamiento de la ley, a la luz de la justicia de la época de Cervantes, en virtud de cuya aplicación quien cree actuar como un caballero justiciero no es sino un consumado ejemplo de salteador de caminos. Baste recordar su intervención como libertador de los galeotes (I, 22) o su pelea un capítulo antes contra el pobre barbero a quien arrebató la bacía que él confunde con el rico yelmo de Mambrino. Claro que Don Quijote no reconoce la justicia inmanente aplicada en nombre del Rey, sino la justicia trascendente que dimana de la misión que está obligado a cumplir como caballero andante, y este choque de dimensiones se resuelve en la paradójica circunstancia de que quien dice actuar en nombre de la justicia en realidad está contraviniendo las leyes que la salvaguardan.

Estos principios no son aplicables, sin embargo, al valioso discurso sobre las armas y las letras de los capítulos I, 37 y I, 38⁷, cuyo cuerpo central no se desarrolla en virtud de los principios ideales de la caballería andante, sino en virtud de las singularidades de la milicia. Aunque Don Quijote comienza y termina hablando como un caballero andante, el contenido central de su discurso le hace hablar como un militar, sin que parezca descabellado suponer que las palabras del personaje están inspiradas en la experiencia de su creador, conocedor privilegiado de los dos espíritus que concita en su propia vida.

Reivindica Don Quijote la dimensión intelectual del ejercicio de las armas, que precisa el concurso de la inteligencia y del entendimiento, virtudes no exclusivas del ejercicio de las letras:

Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas; que les diré (...) que no saben lo que dicen. Porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas, o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército, o la defensa de una ciu-

⁷ Los fragmentos transcritos corresponden a estos dos capítulos.

dad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber y conjeturar el intento del enemigo, los disignios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo.

Si en este sentido las armas igualan a las letras, el objetivo de las primeras supera al objetivo de las segundas. Sin ningún género de dudas, Don Quijote suscribe el principio sostenido por Julio César —el archiconocido *Si vis pacem, para bellum*— y afirma que las armas *tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida (...)* *Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mesmo es decir armas que guerra.*

En sintonía con lo afirmado por Alfonso X en el título veintitrés de la segunda de las *Partidas*, Alonso de Cartagena ya apuntó en su *Doctrinal de los cavalleros* el hecho de que la paz fuera una consecuencia de la guerra *bien hecha*, si se nos permite la simplificación:

Y el guerrear, maguera aya en sí manera de destruir e de meter departimiento y enemistad entre los omnes, pero con todo esto, cuando es fecho como deve, aduze después paz, de que viene asosegamiento e folgura e amistad. E por ende dixeron los sabios antiguos que era bien de sufrir los omnes trabajos e los peligros de la guerra por llegar después por ello a buena paz e folgura⁸.

Don Quijote destaca de forma comprometida las adversas condiciones de la abnegada vida del soldado del tiempo histórico correspondiente a la época en la que se gesta la novela de sus aventuras: su economía irregular y menguada; su vestido paupérrimo, siempre inadecuado a las inclemencias del tiempo, y el hambre que forma parte casi connatural del ejercicio ingrato de las armas. En medio de este panorama de sacrificios, Don Quijote encuentra la belleza de las palabras para presentar, con una ironía atenuada por cierto grado de conmiseración casi empática, las incomodidades con las que el militar disfruta de su merecido descanso:

Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa,

⁸ CARTAGENA, Alonso de: *Doctrinal de los cavalleros, 1487*. Manejamos la edición de José M.^a Viña Liste. Servicio de Publicaciones e Intercambio científico de la Universidad de Santiago de Compostela, 1995, p. 57.

jamás pecará de estrecha; que bien puede medir en la tierra los pies que quiere, y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas.

A cambio de una vida tan difícil, ve muy bien Don Quijote que muy pocos son los que encuentran premio a su dedicación. Hay que jugarse la vida y salir victorioso muchas veces para conseguir alguna pequeña prebenda que compense en una mínima parte tanta abnegación. En cualquier caso, Don Quijote fundamenta la superioridad de las armas sobre las letras significando que las primeras son imprescindibles para garantizar el mantenimiento de las segundas, ahora claramente entendidas conforme a la dimensión inmanente a la que antes nos referimos:

Las leyes no se podrán sustentar sin ellas [las armas], porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas.

Por otra parte, el sacrificio que conduce a la excelencia en el ejercicio de las letras siempre es menor que el que precisa el servicio de las armas, teniendo en cuenta que el riesgo es mayor y las pérdidas pueden acabar siendo irreparables:

Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas a éstas adherentes, que, en parte, ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida.

Y por si fuera poco clara la preminencia de las armas sobre las letras, Don Quijote establece la importante diferencia que aporta el ingrediente del heroísmo inherente a la milicia, que hace que los hombres de armas sean capaces de relevarse los unos a los otros hasta el límite de sus fuerzas en medio del fragor de la batalla, convirtiéndose, a la postre, en un solo hombre incansable que lucha hasta morir si es necesario:

Apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar,

que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

Hasta aquí, nada de lo que dice Don Quijote es ajeno a la experiencia común que pueden compartir los hombres de armas. Sin embargo, un ribete de óptica caballerisca se desliza en sus reflexiones sobre las nefastas consecuencias que tiene la incorporación de la artillería en la guerra:

Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido; que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

Parece muy claro que Don Quijote está hablando aquí como un caballero andante, seguro de las dimensiones éticas del combate regido por la proporción de las fuerzas, pero sobre todo seguro del combate franco, en el que se enfrentan cara a cara los contendientes en una igualdad de condiciones determinada por un código de honor en cuya aplicación se llega, incluso, a renunciar a la superioridad. No hay mejor ejemplo que el de la encarnizada lucha que sostiene Tirante el Blanco con un fiero alano, al que vence enfrentándose a él a dentelladas, renunciando a la ventaja que le concede su espada y sustrayéndose, con un arrojo en verdad disparatado, a lo que en realidad es una desventaja, considerando la más que evidente desproporción entre la mandíbula de un alano y la mandíbula de un hombre, por muy caba-

llero andante que sea⁹. En este sentido, la artillería supone para la concepción de la guerra propia de la caballería andante todo un homenaje a la desigualdad y a la despersonalización. La pólvora y el estaño son elementos materiales y anónimos, pero el valor del brazo y el filo de la espada de un caballero andante, parafraseando a Don Quijote, son elementos humanos con los que puede, gracias al impulso del esfuerzo y el valor, labrarse la fama de un hombre; de ahí la importancia de la vela de las armas del capítulo I, 3, que constituye todo un homenaje a los elementos que garantizan la personalidad y la fama del caballero. La incorporación de la artillería, fundamental en la concepción moderna de la guerra, es nefasta para la concepción caballeresca del hecho de armas, nueva muestra de la distancia entre la forma de vivir la milicia que caracteriza a un soldado y a un caballero andante. Claro que, en el rechazo de la artillería, Don Quijote expresa también la falta de ajuste entre su profesión y su tiempo. Es como si, en nuestros días, resucitásemos a Don Quijote y le enfrentáramos a un submarino atómico o a un lanzamisiles de última generación. Por lo que respecta a la época de Cervantes, que es la época que define el tiempo histórico en el que su personaje protagoniza sus aventuras, la artillería ya supuso desde tiempo atrás, como explica Hale, toda una revolución militar en muchos sentidos:

Las nuevas armas de fuego y la artillería influyeron de forma radical en la dirección y condiciones de los enfrentamientos bélicos. Estos cambios modificaron el equipo que los soldados debían llevar y cargar; modificaron igualmente su moral y sus hábitos de combate; afectaron a la clase de heridas que sufrían, ya que a partir de ese momento hubo más roturas de huesos y aumentó la pérdida de miembros por gangrena, y aumentaron previsiblemente sus posibilidades de morir en combate¹⁰.

La desigualdad que se evidencia en el combate entre un vestiglo o un endriago y un paladín de la caballería andante está compensada por el valor y la fe del hombre frente al monstruo: al caballero andante le sobra la razón que le falta a su enemigo, pero la fe y el valor nada pueden ante la pólvora y el estaño, que ocultan en la distancia la eficacia demoledora de las armas.

Hay otra forma de desigualdad moral que afecta a la guerra en el *Quijote*, y es la que consiste en fingirla para hacer burla de los personajes prin-

⁹ MARTORELL, Joanot: *Tirante el Blanco*. I, 59. Entre otras ediciones, recomendamos la de Martín de Riquer. Madrid, Espasa Calpe, col. Clásicos Castellanos, 1974.

¹⁰ HALE, J.R.: *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1990, p. 55.



Miguel de Cervantes Saavedra

cipales. El pobre Sancho Panza, burlescamente elevado a la dignidad de gobernador de la igualmente fingida Ínsula Barataria, se ve envuelto en un simulacro de guerra que él no concibe como un simulacro, sino como un peligro real cuyo afrontamiento está muy lejos de sus capacidades y sus límites:

¡Arma, arma, señor gobernador, arma!; que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre.

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oía y veía, y cuando llegaron a él, uno le dijo:

—¡Ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda!

—¡Qué me tengo yo de armar —respondió Sancho—, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fui a Dios, no se me entiende nada destas priesas¹¹.

En medio de la burla, sin embargo, Sancho Panza hace gala de un más que notable heroísmo, y grotescamente guarnecido e inmovilizado, no se sustrae al peligro y pide, a pesar del impedimento en que se encuentra por culpa de la mala intención de sus falsos vasallos, ser llevado a un lugar en el que su aportación defensiva sea eficaz:

—¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo —respondió Sancho—, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos y ponerme, atravesado o en pie, en algún postigo, que yo le guardaré, o con esta lanza o con mi cuerpo.

Con todo, la broma sirve para que tengamos una idea aproximada de algunas de las medidas elementales aplicadas en la defensa de las ciudades en tiempo de Cervantes:

—¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquilen! ¡Vengan alcancías, pez y resina en calderas de aceite ardiendo! ¡Trínchense las calles con colchones!

¹¹ II, 53. Todas las citas que se transcriben a continuación están tomadas de este capítulo.

Pero la gran lección que nos da Sancho Panza es la lección de paz y amistad del hombre sencillo y tranquilo que ha sido cruelmente arrojado al tráfago de una circunstancia tan lejana de su vocación y su experiencia como es la guerra fingida en la que se ha visto obligado, pese a su voluntad, a asumir un papel grotesco e inútil:

— El enemigo que yo hubiere vencido quiero que me le claven en la frente. Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar a algún amigo, si es que lo tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjague este sudor, que me hago agua.

* *

La relación de Don Quijote de la Mancha con la milicia no acaba con la novela de Cervantes. Vamos a ocuparnos a continuación de seguirles la pista tanto a los hechos de armas del mismo personaje, protagonista de continuaciones de la obra original, como a las andanzas, a veces literalmente militares, de los personajes inspirados en el modelo cervantino que protagonizan las imitaciones del *Quijote*.

Por lo que respecta a las continuaciones, nuestro recorrido empieza en 1899 con el cuento *D.Q.*, publicado por Ruben Darío en el *Almanaque Peuser* de Buenos Aires¹², en donde vemos la catástrofe de Cuba a través de la dolorida mirada del narrador del cuento, un soldado español consciente de la adversidad que vive el ejército de su país y deseoso de tomar venganza del grave ultraje sufrido por España a manos de los Estados Unidos de América. El narrador nos presenta a un misterioso personaje de cuya identidad sólo conocemos las reveladoras siglas marcadas en su mochila, D.Q., dato que nos es más que suficiente tanto para reconocer al personaje, acaso deformado por la fuerza de su simbolismo, como para comprender e incluso anticipar todo lo que después leeremos. D.Q. es el abanderado de la compañía en la que sirve el soldado narrador: no es un hombre joven, ni busca la compañía de los demás; parece estar nimbado por un halo de intemporalidad y su mirada profunda está cargada de una gravedad difícil de definir. Quizá esta actitud es la que motiva las burlas a las que le someten sus compañeros de armas, sin que él pierda las virtudes que destaca con admiración el capellán castrense: D.Q. es un soldado valiente y fiel, idealista, amante de su patria y de la justicia y devotamente religioso, cuyo culto a la bandera española se manifiesta en un momen-

¹² El cuento está editado en el volumen de conjunto *Cuentos Fantásticos*. Madrid, Alianza Editorial, 1982, pp. 61-65.

to tan crítico como es el de la rendición de la compañía española ante el ejército estadounidense: D.Q. no entrega la bandera, sino que, lleno de dignidad, heroísmo y valentía, se arroja a un precipicio con ella, provocando la admiración de sus compañeros.

En el año 1905 descubrimos en *La nueva salida del valeroso caballero D. Quijote de la Mancha* de Antonio Ledesma Hernández¹³ a un Don Quijote resucitado en pleno siglo XX que ya no ve ejércitos de caballeros andantes en manadas de carneros ni quebranta la ley liberando presos de la justicia, representada en esta ocasión por la Guardia Civil. La resurrección es el mismo artificio que emplea en 1925 Juan Manuel Polar en su novela *Don Quijote en Yanquilandia*¹⁴, en la que Don Quijote vuelve a la vida gracias a la intervención taumatúrgica del mismísimo tío Sam y se enfrenta a nuevas aventuras, algunas de las cuales son tan poco nobles como la burla a la que le someten sus anfitriones estadounidenses cuando le hacen creer que ha salido victorioso en su batalla contra un ejército que simula una retirada deshonrosa. Un año después, Francisco Navarro y Ledesma convierte a Sancho Panza en discípulo de su señor, cuyas armas viste con la firme decisión de hacerse caballero como él¹⁵, y en 1930 Nicasio Pajares vuelve en *Don Quijote y tío Sam* por los caminos pisados por Polar y hace partir a Don Quijote de la Mancha hacia la reconquista de América.

Un escenario tan genuinamente cargado de resonancias históricas militares como las costas coruñesas en las que tuvo lugar la batalla de Elviña es el elegido en 1946 por Higinio Suárez Pedreira en *La resurrección de Don Quijote de la Mancha* para devolver al mundo de los vivos a Don Quijote y Sancho Panza¹⁶.

En cuanto a las imitaciones, la vida militar no queda muy bien parada en el *Don Catrín de la Fachenda*, de Fernández de Lizardi, publicada en 1832¹⁷. La culpa la tiene un personaje degenerado, Don Catrín, que depaupera el servicio de las armas llegando al ejército por causa de un manifiesto desprecio por el trabajo; por si lo que se desprende de esta relación de causa y consecuencia no fuese ya suficientemente agravante para la profesión militar, el protagonista se incorpora a un ejército que invierte el tiempo de paz en visitar las tabernas y los ambientes más sórdidos.

¹³ LEDESMA HERNÁNDEZ, Antonio: *La nueva salida del valeroso caballero D. Quijote de la Mancha*. Barcelona, Casa Editorial Lezcano, 1905.

¹⁴ POLAR, Juan Manuel: *Don Quijote en Yanquilandia*. Cartagena, Ed. Juvenil, 1925.

¹⁵ NAVARRO Y LEDESMA, Francisco: «La orfandad de Sancho Panza», en *En un lugar de la Mancha*. Salamanca, Imprenta y Librería Viuda de Calón e Hijo, 1906, pp. 47-56.

¹⁶ SUÁREZ PEDREIRA, Higinio: *La resurrección de Don Quijote de la Mancha*. La Coruña, Editorial Moret, 1946.

¹⁷ Remitimos a la edición de México, Porrúa, 1959.

La presencia de lo militar es especialmente destacada en *El alma de Don Quijote*, novela abiertamente panfletaria escrita por el padre Jerónimo Montes a principios del siglo XX y publicada en 1904¹⁸. La ideología que anima la escritura de la obra es indisimuladamente antimasónica, antirrepublicana, ultracatólica, racista, antiliberal y antiestadounidense. A pesar de una propuesta tan radical, el protagonista, el coronel César Iturralde, concita la simpatía del lector por su alto sentido de la disciplina, su idealismo y su heroísmo disparatado, reforzados por la integridad que demuestra al abandonar la vida militar desanimado por algunos desengaños importantes que lo alejan de la profesión de las armas, pero no menoscaban su genuino espíritu militar. Según su buen amigo Claudio Rebolledo, remotamente inspirado en Sancho Panza, el espíritu quijotesco que anima a César Iturralde es el mismo que sustenta el espíritu colectivo que alienta la causa que enfrenta a España contra el enemigo yanqui.

César Iturralde defiende la razón de su patria confiado en gran parte a la fuerza militar de una España guerrera e indómita, capaz de conquistar América, mantener su presencia en Europa y vencer a Napoleón. Suscribiendo una idea en la que la investigación militar más cualificada ha profundizado después, esa misma España se enfrenta ahora a un país cuya organización militar es deficiente, frente a la gran experiencia y buena formación de los cuadros del ejército español. Iturralde está firmemente convencido de que los desastres de Cavite y Santiago de Cuba no se deben a la inferioridad militar de los españoles, sino a la pasividad e ineptitud de los políticos que los gobiernan. Decidido a vengar esta afrenta, el coronel se enfunda en su viejo uniforme, tan desusado e inadecuado como la armadura con la que Don Quijote recorría el campo manchego en su tiempo, y se erige en juez y verdugo de los culpables de la pérdida de las colonias además de proponerse vencer él solo al enemigo yanqui tras encabezar la rebelión de su pueblo contra quienes, desde el gobierno, hacen alarde de tamaña debilidad política.

Sus amigos logran reducirle después de que César Iturralde tropieza desafortunadamente en la escalera de la casa de su amigo Claudio. Sin embargo, su última quijotada coincidirá con un sueño esperanzador: Iturralde sueña con la promesa de la capacidad demoledora del toxpiro, el potente torpedo explosivo inventado por un tal Daza, y en sus sueños se ve al mando de un buque que acaba con toda la flota estadounidense, penetra en el puerto de Nueva York y se dirige a conquistar para España los Esta-

¹⁸ Manejamos la edición de Ediciones el Buen Consejo de 1963.

dos Unidos de América. Nada más frustrante para el coronel que enfrentarse a la triste realidad que le espera al otro lado de su sueño de victoria.

Más dolorosa todavía es la realidad para el hidalgo vasco Javier de Mendiburu, protagonista de *Don Quijote en América*, novela escrita por Mariano Sánchez de Enciso y publicada en 1913¹⁹, que pierde a su amada Nela, inspirada en Dulcinea, por culpa de una bala perdida que la alcanza en medio de una de las refriegas en las que se resolvía la lucha de facciones indígenas, blancas y criollas de México.

Por fin, es muy significativo que en las continuaciones e imitaciones del *Quijote* haya habido un lugar destacado para la paz y para la percepción dolorosa de los desastres derivados de la guerra. En las *Semblanzas caballerescas* de Luis Otero y Pimentel²⁰, obra publicada en 1886, el narrador reclama la resurrección de Don Quijote de la Mancha para luchar contra los males de un mundo principalmente castigado por el azote de la guerra. En una obrita de indudable corte pacifista escrita por Carolina Peralta, publicada en 1952 bajo el título *La última salida de Don Quijote de la Mancha*²¹, el propio Don Quijote obtendrá permiso divino para visitar un mundo lacerado por las guerras ante el escaso valor de los intentos pacificadores de los organismos internacionales, incapaces de contrarrestar las nefastas consecuencias de un desarrollo tecnológico puesto al servicio de la destrucción de la humanidad. Huyendo precisamente de las nefastas consecuencias de la guerra civil española, los protagonistas de *La pesadilla de una noche de verano de un Don Quijote sin Mancha de la época de la caballería 'rodante'*, imitación publicada por Frederic Ricard en 1977²², huyen a Francia.

Si hemos entendido bien la lección de Don Quijote de la Mancha, si hemos aprendido a anhelar de su mano el ideal que lo mantenía en su lucha y en su camino, no sería muy difícil imaginarle hoy capitaneando las tropas españolas en misión de paz en la antigua Yugoslavia, o intentando conciliar a quienes se enzarzan en las absurdas tensiones de nuestro convulso final de milenio, o, mejor aún, luchando con todas sus fuerzas contra la irracionalidad, la barbarie y el hambre que no dejan de asolar el continente africano con mayor fiereza que ninguno de cuantos vestiglos y endriagos se han

¹⁹ SÁNCHEZ DE ENCISO, Mariano: *Don Quijote de la Mancha (Escenas de la andante española)*. Madrid, Imprenta Hispano-Alemana, 1913.

²⁰ OTERO Y PIMENTEL, Luis: *Semblanzas caballerescas*. La Habana, Tipografía de El Eco Militar, 1886.

²¹ PERALTA, Carolina: *La última salida de Don Quijote de la Mancha*. Barcelona. Talleres Gráficos Vicente Ferrer, 1952.

²² RICARD, Frederic: *La pesadilla de una noche de verano de un Don Quijote sin Mancha de la época de la caballería «rodante»*. Barcelona, Editorial Freri, 1977.

interpuesto en el camino de caballero andante alguno. Alumbrado por el ideal de paz que estimula los principales esfuerzos de los ejércitos de los países más civilizados de nuestro tiempo, Don Quijote sería el casco azul por excelencia, el pacificador ejemplar.

Sueños aparte, Don Quijote y su creador conciliaron en el sabio discurso de sus vidas los ideales de la milicia y la literatura. Con su ejemplo, abrieron el camino de reflexiones como las que estamos compartiendo quienes, en este momento, fundimos nuestras ilusiones desde uno de los dos caminos que, lejos de ser irreconciliables, se reencuentran, como ahora mismo, en la persecución ideal de la paz, único final de trayecto que justifica los legítimos esfuerzos de las armas y de las letras.